

**“Levantemos el corazón’, hasta el cielo”**  
**Homilía para la solemnidad de la Ascensión, año A**  
**24 de mayo de 2020**

### **Introducción**

Hábiles reglas de vida, simples adagios que nos ayudan a navegar por las circunstancias de la vida cotidiana: todos los conocemos, los escuchamos, y por lo general tratamos de vivir de acuerdo a ellos. Dichos como “Vísteme despacio que estoy apurado” y “muchas manos hacen el trabajo ligero”, y “la distancia hace crecer el cariño”. ¿Han notado alguna vez, sin embargo, que algunas de estas máximas tienen un contrapeso igualmente popular que parece afirmar lo contrario?

¿“Vísteme despacio que estoy apurado”? o más bien “el que duda está perdido”? ¿“Muchas manos hacen el trabajo ligero”? o ¿“muchas manos en un plato hacen garabato”? ¿Es cierto que “la distancia hace crecer el cariño”? o es el caso más bien ¿“ojos que no ven, corazón que no siente”? Siempre se necesita sabiduría para saber qué regla de vida aplicar en una circunstancia particular.

### **La Ascensión revela el cielo**

Esa última dicotomía, “el amor crece con la distancia” versus “ojos que no ven, corazón que no siente”, vale la pena contemplarla con motivo del misterio de la fe que celebramos hoy, la Ascensión de nuestro Señor al cielo.

En primer lugar, traten de imaginar la escena de la Ascensión de nuestro Señor como la describe San Mateo en nuestra lectura del Evangelio para esta Misa. Los apóstoles están reunidos allí con su Maestro, un pequeño grupo de discípulos que han aprendido y han sido formados por él durante tres años, y han sido testigos de las acciones salvadoras por las que Dios cumplió su promesa de salvación. Sin embargo, incluso en medio de su adoración, ellos tenían dudas. Y llenos de todos esos sentimientos de asombro y duda y entusiasmo y vacilación, su Señor es aparentemente arrebatado.

Pueden imaginarse la sensación si alguna vez han estado en una situación en la que alguien con una presencia grande y convincente está ahora ausente: hay una sensación de pérdida, se ha creado un vacío. Podemos pensar, por ejemplo, en esta experiencia del mundo entero a la muerte del Papa San Juan Pablo II, ciertamente una de las figuras más imponentes de todo el siglo XX. Pero, aunque deben haber sentido esta sensación de ausencia, también hay algo más aquí.

La Ascensión es, en realidad, la culminación de la exaltación de nuestro Señor. Es una exaltación que comenzó, en la enseñanza del Evangelio de San Juan, con su crucifixión. Ahí es donde fue exaltado, es decir, levantado, en la Cruz. En el Cuarto Evangelio escuchamos a nuestro Señor hablar a menudo de “ser levantado”, que San Juan interpreta como su crucifixión. La Cruz es el trono desde el que él reina: el último acto de donación de sí, la culminación de su anonadamiento que comenzó con la Encarnación.

Este movimiento de anonadamiento lleva entonces a su Resurrección, su triunfo sobre la muerte y su glorificación. Ahora, en la Ascensión, él vuelve a su Padre en la gloria, sentado a su derecha en el cielo. Así, la Ascensión revela el cielo. Esta pequeña y estrecha banda de discípulos disfrutó de la comunión con el Dios-hombre durante tres años, fueron testigos de su exaltación, y ahora les revela la dimensión de la comunión divina y humana que se basa en todo

el movimiento de su exaltación desde la crucifixión hasta la Resurrección y la Ascensión: la gloria del cielo.

### **Conexión con la Misión**

Pero hay más que esto en esta historia. Como San Lucas nos dice en los Hechos de los Apóstoles, nuestro Señor predijo a este grupo de discípulos que recibirían el don del Espíritu Santo. Y Mateo y los otros Evangelios nos informan que, momentos antes de que nuestro Señor regresara al cielo, fue entonces cuando dio a sus apóstoles la Gran Comisión: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado”.

Por eso los “dos hombres vestidos de blanco” les dijeron “Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo?”: el versículo de la primera lectura que es también la antifona de entrada para esta Misa de la solemnidad de la Ascensión.

Esto, entonces, reúne todas las piezas: la exaltación de Jesús revela la vida del cielo, donde debemos poner nuestros corazones, la dimensión en la que ya debemos buscar vivir, y la única manera de hacerlo es participando en la Gran Comisión. En otras palabras, la exaltación, cuyo movimiento comienza en la crucifixión y termina en la gloria del cielo, significa el compromiso con la misión. En pocas palabras: exaltación implica misión.

### **Ausencia de la Misa y la Eucaristía: Una prueba de fuego**

Entonces, ¿dónde nos lleva eso aquí y ahora? Desde hace dos meses, nuestro pueblo se encuentra en la situación inusual de no poder acceder a la Misa. Mientras hemos estado trabajando duro para reabrir las Misas públicas de una manera segura y responsable, y estoy seguro de que seremos capaces de hacerlo para al menos un número limitado de personas en un futuro muy cercano, este ayuno de la Misa y la Eucaristía puede ser visto como una especie de prueba de fuego en cuanto a qué regla de vida se aplica a nosotros en este momento: ¿es “la distancia hace crecer el cariño”, u “ojos que no ven, corazón que no siente”? ¿O es algo más, algo más grande?

Si nuestros corazones están verdaderamente puestos en el cielo, sentiremos la ausencia de nuestra comunión con el Señor, incluso cuando él continúe estando presente para nosotros a través del don de su Espíritu a la Iglesia. Como dice el gran estudioso de la liturgia y abad benedictino Dom Próspero Guéranger: “Si nuestro corazón busca a su Jesús, y anhela venir a él, está vivo con la verdadera vida; si sus energías se gastan en cosas creadas, y no siente atracción por su Jesús, está muerto”.

En cada Misa, en una exhortación que nos llega de la liturgia de la sinagoga, el sacerdote llama al pueblo: “Levantemos el corazón”. Eso es: levanten sus corazones al cielo, pónganlos en el cielo, y esfuércense por vivir allí ya aquí y ahora. El cristiano cuyo corazón está “vivo con la verdadera vida” es consciente de que en el tiempo presente esa verdadera vida está escondida en el “cielo” porque, al creer en Cristo, el cristiano ha entrado en la dimensión de esa comunión de Dios y del hombre que es el destino eterno del cristiano; el cristiano ha comenzado esta vida ya en el aquí y ahora, aunque sea imperfectamente. Y esa fraternidad se revela en la misión: la participación en la misión de la Iglesia de evangelizar es donde la vida oculta del cielo se revela en nuestro propio tiempo y lugar.

### **Conclusión**

*Homilía, Solemnidad de la Ascensión, año A*

Pero seamos claros: la participación en la misión de la Iglesia no significa ser empleado profesionalmente por una parroquia o diócesis u otra organización religiosa, ni está reservada sólo a los ministros ordenados y a los religiosos consagrados. Dios da a todos una vocación, y la razón de ser de una vocación es participar en la misión de la Iglesia de acuerdo con las exigencias de esa vocación. Se necesitan todas las vocaciones para cumplir la Gran Comisión: matrimonios y familias, así como sacerdotes, religiosos consagrados y diáconos, todos usando sus talentos únicos dados por Dios para seguir el ejemplo de Cristo de anonadarse a sí mismo para que el modelo de su exaltación se repita en el aquí y ahora.

La medida en que ustedes se entregan a vivir su vocación, sobre todo en este tiempo de ausencia de la Eucaristía, es la medida en que se revela cuánto crece el cariño de ustedes por su Señor Eucarístico. Incluso más allá de un corazón aficionado a la comunión con su Señor, vivir la propia vocación fielmente y bien es lo que expande el corazón para ser verdaderamente capaz de recibir la plenitud de amor y gracia que nuestro Señor desea prodigarle, y así mantener nuestros corazones puestos en el destino eterno que espera a los fieles de Dios: la plenitud de la comunión con Él en la gloria del cielo.